

sus bonetazos, y se ajusten el gollete? ¿Qué me podrán decir á que yo no les responda, dejándolos confundidos?

En la santidad, me dirán, sin que tengas que concretarte á ninguno de los tiempos, ahí tienes á los Regis, á los Kostkas, á los Gonzagas, á los Gerónimos, á los Puentes, á los Rodriguez, á los Séñeris, á los Clavers, á los Possevinos, con algunos centenares (1) de mártires inmolados gloriosamente en las aras de la Religión... Bueno vá todo, mis Padres: prosiga la letanía, que despues cantaré yo... En la Teología mira los Suarez, los Maldonados, los Vazquez, los Antoincs, los Petavios, los Belarminos: en la Jurisprudencia los Pictor, los Smasgruewer, los Sanchez, los Murillos, los Molinas, los Avendaños, los Seguras (Poblanos): en las Bellas-Letras los Cerdas, los Abadez, los Juvencios, los Bussieres, los Avancinis: mira en la oratoria un Bourdaloue, en las matemáticas un Kirker, en la fisica un Hervas, en la historia de sus países un Mariana ó un Clavijero, y en todas las ciencias, no uno, sino innumerables luceros que las ilustran y exaltan... Padres, Leoncitos á mi: continuen VV. RR. que todo saldrá en la colada.... Mira las fatigas gloriosas y las inmortales virtudes de un Colombiere, ó de un Segaud en la Francia, de un Pinamonti en Italia, de un Canisio en Alemania, de un Campiano en Inglaterra, de un

(1) Con efecto, pasan de setecientas las causas de canonización que se hallan muy adelantadas.

Sotomayor en España, de un Vieira en el Portugal, de un Martinez en la Florida, de un Sanchez, un Herdoñana en el Anahuac... Guindas á la Tarasca, Padres míos, porque á todos me los meriendo. ¿Hay algo mas que decir? Mira al ya citado Vieira con una guerrilla de héroes atravesando el Marañon: mira con otra á Gumillas por toda la ribera del Orinoco, mira á Kino en el Colorado, ó á Brevedent en el Gandovar: mira á Maduit en Contour, mira á Martin en Bengala, mira á Brito en Maravás, mira á Dieuse en el Mogol, y á Pelisón en la China, mira... ¿Hasta donde vamos, Reverendísimos? Concluyan VV. PP. que ya reviento por hablar... Finalmente, sin salir de tu mismo País, mira un Salvatierra, un Oviedo, un Coromina, un Lascano: mira un Campoyo de Sinaloa, mira un Cabo Tapatio, un Abad Mechoacanense, un Fuente del Potosi: mira un Roldán de Antequera, un Velasco de la Metrópoli, un Olabarieta de Puebla, un Clavijero, un Maneyro, un Alegre Veracruzano.

Acábose el grande catálogo; ¿no es verdad? Pues ahora bien: hase llegado la mia: y pues me hallo metido de hoz y de coz en el campo de Agramante, tengáanse todos, todos embainen, todos se sosieguen, oiganme todos, si todos quieren quedar con vida. Perdonando mucho vuestras reverendísimas mollerías, digo que no saben argüir. Vengan acá Padres, por Jesus, y respondan á mi texto. Entre tantos hombres ilustres, que no mas por un *verbi-gratia* se aca-

*ban de relatar:* ¿hay uno solo siquiera, que no haya sido Jesuita? ¿Pues para qué es tanto ruido de sotanas y bonetes? Muy grandes letrados, si: ejemplares en la virtud, tambien: ciudadanos muy útiles, misioneros infatigables, lo concedo: santos de primer orden, mártires esclarecidos, tampoco lo he de negar; pero una cosa no me negarán á mi. ¿Todos ellos sin excepcion no eran padrotes de la Compañia? Pues ahí esta. ¿Qué solucion mas convincente ni mas universal? Sepan vuestros aristotélicos balandranes, que sin la *negra nota* de Jesuita puede pasar hasta el Diablo; mas con ella ni San Francisco Javier. Añado por via de apéndice, que ese Belarminillo puesto tambien en la lista, aunque Cardenal muy santo, reverente como ninguno á la silla Papal, y próximo á ser beatificado por sus virtudes heróicas, ya nos deja advertido con expresion el caballero Paz, que envenenó á Clemente VIII. Conque vean VV. RR. si tendremos miedo jamás á ninguna clase de argumentos. No, Padres, no: cuidado con nuestra lógica, y mas cuidado con nuestra crítica, porque tenemos un escudo que rompe cualquiera lanza. ¡O y qué mal parado sale V. caballero Ponce, de la aventura de los encamisados! ¡Cuántos pales, cuantas horquillas, cuantas coces y bofetadas acaban de llover sobre ese bendito cuerpo....! ¡Mas qué es esto! Yo estoy asombrado, V. se levanta con brío para comenzar otra lid, y es que se habrá echado al

estómago un buen azumbre del feo Blas: V. vá desembainando otra lista como la pasada, y en verdad que si es de Jesuitas, la he de romper á dos manos por vida de Jorge Smith y del navio que lo trajo. Ni un solo Jesuita contiene, me dice V. Pues entonces, amigo mio, bien puede lucir en las impresas. Contiene, prosigue V. sin hacerme ningun caso, Religiosos esclarecidos de casi todos los órdenes, exceptuando la Compañia, escritores los mas juiciosos y de bien conocida literatura, Obispos beneméritos, Cardenales muy célebres, Papas insignes, y Santos canonizados, ó personas muy venerables por el suave olor que aun se percibe de sus virtudes notorias.

Entre los primeros, pues, no es fácil nombrarlos todos, están Gregorio de Alfaro, Ludovico Blosio, Antonio de San Roman, y Bartolomé Segura, Benedictinos: Domingo Gravina, Tomás de Maluenda, Abran Bzovio, Luis de la Oliva, y Alonso Chacon, Domínicos: Francisco de Rojas, Luis de Miranda, Manuel Rodriguez y Juan de Salcedo, Franciscanos: Gil de la Presentacion y Gerónimo Roman, Agustinos: Juan Bautista Lezama, Valerio Jimenez, Tomás de Jesus y Gerónimo Gracian, Carmelitas: Francisco Lizana, Mercedario: Luis de Estrada, Cisterciense: Paulo de Morigia, Jesuato, Cristobal Fiardi, Barnabita: Tomás Bozio, y Agustin Manni, de la Congregacion del Oratorio. Entre los segundos (escritores) se hallan Martin de Aspilcueta ó Navarro, Diego Paiva de Andrade, Estanislao Rescio,

Antonio Fabro, Renato Benedicto, Luis de Paramo, Pedro Mateo, Juan Rusberg, Francisco Montano, Benedicto Moreri, Justo Lipsio, Severino Brenno, Pedro Opmer, Andrés Filopatro, Florimundo Remondo, Gonzalo de Illescas, Antonio de Herrera, Estevan de Garibay ó Zamallola, ect. ect.

Entre los Prelados se registran Vincencio Laureo, Obispo de Monreal, Antonio Zara de Petin, Ludovico Mayorini de Castelomar, Fernando Mascareñas de los Algarbes, Bartolomé Torres de Canarias, Juan Suarez de Coimbra, Antonio Perez de Tarragona, Francisco Reinoso de Córdoba, Prudencio Sandoval de Pamplona, Leonardo Marin Arzobispo de Lanci, Cristobal de Beaumont de Paris, Pedro Villar de Vienna, el incomparable Bartolomé de los Mártires de Braga, y el no menos prodigioso Alejo Menceses de Goa. Entre los Cardenales se ven Hércules Gonzaga, Gerónimo Seripando, Luis Simoneta, Estanislao Hoces, César Baronio, Vellemo Alano, Ludovico de Ludovicis, y el ya citado Laureo.

Entre los Papas se numeran hasta veinte desde Paulo III. que aprobó, hasta Pio VII. reinante que estableció de nuevo, y ha colmado de elogios inmortales á la Religión Jesuítica. Finalmente, entre los Santos canonizados ó personas venerables, están San Vicente Ferrer en profecía (aunque no como Melchor Cano) y sin ella San Pio V., San Carlos Borromeo, Santo Tomás de Villanueva, San Vicente de Pauli, San Felipe Neri, San Francisco de Sales, San Ca-

milo de Lelis, San Luis Beltrán; los Beatos Josafat, y José de la Madre de Dios; los Venerables Juan de Tejada, Luis de Granada el divino, Juan de Mico, llamado el Beato en Valencia, Juan de Avila, Apóstol de Andalucía, Juan de Palafox (1), el nuevo Crisós-

(1) Por tres motivos me lleno de complacencia citando en este lugar al Venerable D. Juan de Palafox: el primero, porque le tengo en mi corazón tanto como á S. Ignacio: el segundo, por haber llenado de honor este incomparable Obispo la silla Angelopolitana, que tan dignamente ocupó: el tercero y principal, porque habiendo ocurrido aquí muy ruidosas diferencias entre el mismo Prelado y la Compañía de Jesus, no es dudable que los enemigos de ésta, hagan mayores alborotos con recordar dicha especie que los que causó ella misma. El Sr. Palafox estimó á los Jesuitas, tuvo entre ellos no pocos amigos, de cuya correspondencia se gloria, y el P. Tirso Gonzalez, que llegó á ser General de la Compañía, fué su infatigable coadjutor y su grande consejero en las memorables visitas del Obispado de Osma.

El muy elevado concepto que formó en toda ocasion de la citada Compañía, se deja ver con claridad en muchos lugares de sus obras; pero valga este por todos, por ser de los mas famosos. En la nota quinta á la carta vigésima de Santa Teresa, escrita al Provincial de la Compañía de Castilla, dice: "¿Por qué no habia de enojarse y defenderse Santa Teresa, si la ponian en cuestion y pleito *el amor que tenía á una religion tan Santa, como la Compañía de Jesus?*" "¿Por qué no ha de enojarse si la imputan, que con una mano se valia de sus hijos para sus fundaciones, y con otra la despojaba de sus mayores y mejores hijos?" "¿Por qué no ha de enojarse privándola con eso de la estrecha correspondencia *con una religion tan docta y tan Santa?*" En la nota sexta á la misma carta se leen estas palabras: "Dos religiones (el Carmen reformado y la Compañía de Jesus), dos religiones que produjo de un parto la Iglesia para bien del mundo y alegría universal de los fieles." En la nota veinte, hablando tambien del Carmen y de la Compañía: "Y son las razones tales que podian oír las en pie y descubiertas, no solos todos los hijos de estas *dos tan grandes y tan santas Religiones*, sino los demás estados de la cristiandad." Finalmente, en la nota veinte y seis al concluir la: "No es justo que las que fueron unas y se ayudaron al nacer para Dios, sean diversas ó contrarias entre sí al crecer, merecer, y llevar *almas para Dios.*"

tomo, anotando las Cartas de Santa Teresa de Jesus; y por último, esta misma Teresa que amó y veneró como ninguno á *nuestra sagrada Compañia*, expresion de que usa en tono de burla el escrito, que hoy ha venido entero de Veracruz, y á medias de *Vera-paz*.

Así opinaba y escribía el famoso Obispo de Osma. ¿Cómo, pues, le combinaremos con el Obispo de Puebla, igualmente famoso y esclarecido? No ha faltado quien sospeche que la ruidosa carta *Inocenciana* ha sido revisada mil veces, corregida y aumentada en distintas cámaras negras; y esto sin duda no carece de toda verosimilitud en tiempos tan milagrosos. Si al que pobló de Jesuitas la Polonia, las islas del mar Océano y todo el continente de América; si á S. Francisco de Borja, tercero General de la Compañia, se le hace escribir contra ella (bien que ahora no citan el lugar porque no salga á la cara). ¿Sería mucho que á quien disputó largo tiempo con la misma Compañia, y formó diversos escritos para defender su causa, se le añadiesen cláusulas, periodos y aun fojas que nunca estiló su pluma? Sin reprobar este discurso quiero prescindir de su fuerza, para formar un dilema. O el Venerable Palafox en aquel su informe al Papa se propuso por tema, reprobar el instituto Ignaciano y obscurecer las glorias de una Compañia *tan Santa*, ó no tuvo tal intencion: si lo segundo, acabóse el argumento; y si lo primero, digo, que el anotador de Teresa, aleccionado por esta gran Virgen, maestra de muchos Obispos, corrigió lo que habia dicho el autor de la *Inocenciana*. ¿Por qué es esto? Porque la carta á Inocencio se firmó en Puebla año de 649, y las notas que van copiadas se escribieron en Osma año de 56.

Yo me atengo sin dudar un instante al extremo segundo de aquel dilema, y para explicar este arcano no tenemos que salir de la carta vigésima de Santa Teresa, pues en la nota treinta y una nos enseña con dos palabras el mismo Señor Palafox de qué manera disputan y se oponen dos ó mas Santos entre sí, ambos defendiendo su dictámen, y sosteniendole con ardor: pero ambos sin ofensa de la ley, sin caminar á otro término que á la gloria de su Señor: porque si al principio los divide la opinion, *la caridad los une despues tiernisimamente, allanando la cristiana piedad y su reciproco amor, todas las diferencias, que á la voluntad despertó el entendimiento*. Tal es la digresion de que se disculpa allí mismo el Venerable Sr. asegurando, que *no lo hace de valde*, y á que dió motivo indudablemente el estar elogiando á la Compañia de Jesus, y recordar las diferencias que con ella habia tenido. Yo con-

De esta multitud de *sábios y respetables* varones, en cuyo número, aunque mugeres, entran la grande Teresa y Magdalena de Pazzis, unas llaman á la Compañia de Jesus, brazo derecho de la Iglesia católica, dedo del Omnipotente, martillo de la heregia, muro inexpugnable contra Lutero, Calvino y toda su bastarda generacion, escuadra poderosa y terrible contra Satanás: llámanla otros Emporio de las ciencias y casa de Salomon: ya antorcha de santidad, ya jardin de las virtudes, ya vid abundante y colmada de copiosos frutos, ya Líbano ameno lleno de olorosos cedros, y ya nube en que se rompieron las cataratas del cielo: otros la llaman Instituto santísimo, conforme en todo á la primitiva severidad y observancia de la Iglesia, nombrándola, ó taller de la juventud, ó tortura de las pasiones, ó freno del libertinage, ó destierro de la lascivia y de toda liviandad.

Quién dice (el sapientísimo Oliva Dominicó) que si resucitaran los Patriarcas de las otras religiones, para fundarlas de nuevo, procurarían imitar muchas cosas de la Compañia, *como de la República mas bien ordenada y concertada que hay en el mundo*. Quién añade (Fr. Valerio Jimenez) que en la Compañia se han

eluyo, que así como batallaron por espacio de veintin dias el Ángel de Persia y el de Judea: así como disputaron arduosísimamente Pedro con Pablo, Pablo con Bernabé, Irineo con Victor, Cipriano con Estevan, Crisóstomo con Epifanio, y Gerónimo con Agustin, de la misma manera inmaculada, y con fines igualmente santos, disputaron el Venerable Palafox y el Venerable Velasco, ambos sin alguna distincion, ejemplares en su vida, felicísimos en su muerte, y gloriosos en su sepulcro.

formado y se forman cada día, tantos sujetos insignes en virtud y literatura, cuantos se hallan en los otros órdenes de Clérigos regulares aun considerados todos juntos. Quien afirma (Fr. Bartolomé Segura) que en la Compañía de Jesus se encontrará todo aquello, que hizo recomendables é insignes á los primeros Padres y Doctores de la Iglesia. El Cardenal Vilhelmo Alano, haciendo el mismo paralelo entre los antiguos Padres y los Religiosos Jesuitas, dice: «que del mismo modo aborrecian y perseguian los herejes á aquellos grandes hombres escogidos por Dios para rebatir sus errores, que persiguen y aborrecen á éstos, que Dios envió benignamente á su Iglesia, para ocurrir así á las estrañas y lastimosas ruinas, que han ocasionado Lutero, Calvino y otros semejantes.»

Estevan Garibay se atrevió á decir, aun cuando la Compañía solo contaba treinta años: *que el historiador mas exacto poniéndose á escribir las glorias de esta religion, antes llegaria al sepulcro que concluiría dignamente.* Andrés Filópatro, hablando de los Colegios de la Compañía, asegura ser tan cabal la instrucción que en ellos logra la juventud, así en las máximas de piedad y buenas costumbres, como en las letras y ciencias, *que no se puede desear mas perfeccion ni cosa mas correspondiente á un jóven cristiano.* Justo Lipsio, que se gloriaba de la educacion que le dieron los Padres de la Compañía, dirigiéndose a los Flamencos, les dice: «Teneis en los Jesuitas unos Doctores que ni nacidos para enseñar las mejores artes, inspirando

con ellas al mismo tiempo la piedad y la devocion. Oidlos, seguid sus máximas, y alistaos bajo sus banderas, que así saldreis vencedores con el augusto nombre de Jesus que es su insignia.» Opmer no duda asegurar de un solo Jesuita, el P. Pedro Canisio, que con su palabra convirtió tantos hereges, como hombres rindió con su espada el invicto Emperador Carlos V.

Finalmente, Francisco Montano en dos obras diversas de su grande sabiduría, escribe estas notables expresiones: «Aborrecen, es verdad, los hereges á todos aquellos que profesan sinceramente las máximas y doctrinas de Jesucristo: *aun tienen mas ojeriza con los religiosos; pero entre todos con mas ardor á los Jesuitas.*» De este arraigado ódio nace el dirigir contra ellos todas sus controversias, todos sus escritos: de aquí el vomitar contra ellos veneno, truenos y rayos de calumnias, injurias y maldiciones. Sin dificultad admiten treguas con las demás familias religiosas; pero jamás han podido hacer paces con la Compañía de Jesus. La doctrina y máximas de la Iglesia católica no las conocen con otro nombre, *que doctrina y máximas de la Compañía y sus Religiosos.* Estos son el blanco de todo, y único fin de la furia y rábía de los hereges, persuadiéndose que con destruir ó impugnar la doctrina de los Jesuitas, destruyen al mismo tiempo, ó por lo menos contradicen al cuerpo todo de la Iglesia católica, y al Evangelio (1). Ahora bien, amigo mio;

(1) Entre innumerables testimonios gloriosamente decisivos á favor de la Santa Compañía, he querido entresacar estos pocos, así por ser tan ilustres, como porque algunos de ellos

V. ha terminado ya su larga y fastidiosa relacion de testigos muy recomendables en favor de la Compañia, sin que pueda quejarse de que yo le haya interrumpido aun pronunciando una sílaba. Parece, pues, muy debido, que en justa correspondencia se me deje hablar á mí sin cortarme la palabra. Y pues V. me ha echado á la cara una nube de fieros abejones, que á un tiempo me aguijonean, y parecen despedazarme, no es posible que yo me entretenga con cada uno separadamente, sin ser víctima de los otros. Matarélos, pues, á docenas, ó tal vez de veinte en veinte; y cuando no logre darles muerte, como seria de desear, á lo menos me plantaré *mi careta*, y tomando una escobilla, les espantaré á montones, hasta encerrarlos en la jicotera. *Vamos viendo.*

Comencemos con el primer escobazo para tantos y tan diversos frailes como V. me envia en un golpe, y

descubren el verdadero, el único motivo de su persecucion, y porque no se ha querido ni se quiere hoy, que esté á cargo de los Jesuitas la educacion de la juventud. La suma estrechez de una carta no puede abarcar ni los nombres de tantos escritores, cuanto menos las citas de sus escritos, lo que por otra parte seria muy enfadoso á la mayor de cuantos me quieran leer. Yo los remito por tanto, al pequeño, pero precioso libro *Crisis de la Compañia de Jesus* que escribió en latin el Padre Andrés Mendo y corre ya traducido, pues leyéndole con atencion y cotejando las citas, hallarán el convencimiento y la mas clara evidencia. El que quiera mayor ilustracion no muy fuera del asunto, y anegarse, por decirlo así, en agua tan deliciosa, lea al Padre Juan Eusevio Nieremberg en sus *Claros Varones de la Compañia*, cuya compilacion no pudo reducirse ni aun entonces á menos de cuatro tomos, que en el día se halla en nueve. Véase á Gomez *Elogia Societatis Jesu*, con las Apologías de Teófilo Raynaudo y Gretsero, y la elocuentísima del Padre Ceruti escrita en Francés, y traducida al Italiano y Español.

sea la autoridad tremebunda del sábio y respetable Obispo Melchor Cano, arrancándole la capilla y encajándole una mitra para que salga con mas decoro á representar en el teatro. En efecto, *vámosla viendo*, y admire V. al profeta. "La llamada Compañia de Jesus, dice, causará males sin número á la Iglesia: es una sociedad anti-cristiana, compañera de los precursores del Anti-cristo: y este no dejará de aparecer brevemente, pues comienzan á manifestarse sus precursores y emisarios."

Yo me sé muy bien sabido lo que V. cavila actualmente. Cerca de trescientos años lleva de firmado este anuncio (le dice V. á su magín), y el Anti-cristo tan próximo desde entonces á descubrirse en el mundo, aun es ahora un cachorrillo que no sale de su cueva, dó maldice á sus precursores: antes murieron ya viejos, estuvieron mas de diez lustros en la sepultura, y han vuelto á resucitar los emisarios, que venir el que los enviaba... Discurra V. como quiera, y hable lo que se le antoje; pero amigo, esto es olvidar nuestros cálculos aritméticos. Ya se le ha dicho á V. por dos veces, que el millon es para nosotros lo mismo que la unidad, y de ello resulta, que tres siglos apenas pueden componer dos horas y media no muy largas. Queda por lo mismo demostrado, que el perrote del Anti-cristo viene por ahí á mata caballos desde el siglo XVI. sin poderse desear mayor exactitud que la del Cano pronóstico: *y cuidado que esta profecía no era de la especie de las que hacian los Jesuitas.*

Para que ellos y sus defensores no escapen del escobazo, me abstendré de referir que este mismo sapientísimo y muy respetable Obispo, con fecha en Valladolid á 15 de Noviembre de 1555, dió dictámen á Carlos V., para que en clase de Rey de España, declarase guerra al Sumo Pontífice Paulo IV.; dictámen, que segun confiesa en él mismo, no era muy conforme á su hábito y teología, rogando por amor de Dios y por todos los Santos del cielo, que leído por el Emperador se echase luego á las llamas; pero quisieron los *Hados* ó el *Destino* libertarnos de esa calamidad, y una pieza de tanto mérito, condenada al fuego por el mismo que la escribió, la tenemos ya por fortuna impresa con letras gordas en bellísima edicion. Loado sea Dios por todo, y la Trinidad de Gaeta. Tampoco diré una palabra de las desgracias que llovieron sobre el grande Arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza, y á que contribuyó no poco el respetable Fr. Melchor, aun siendo de su misma orden y compañero de estudios; porque Nos los liberales, amigo mio, somos voto de justicia: si Cano llega á ponerse de parte de la Inquisicion, maldito sea Cano; pero si tiene la valentía de escribir contra Jesuitas, bendito sea para siempre tan gran Señor. Ello es verdad, que estos dos pasages, aun quando no los dijera, no me causarían mayor daño, porque no son del asunto; y lo mas que podrian hacer era, ensuciarme la escoba con basuras no nada féti-das. Pero lo que sí callaré hasta coserme la boca,

lo que deberé guardar en silencio profundo sopena de ser comido por sancudos y jéjenes (1), es que el benditísimo Fr. Melchor, acertó mucho en compararse con la bella hija de Priamo, pues de ninguno fué creído y de todos impugnado: callaré, que Fr. Luis de Granada aseó sus procedimientos y reprobó sus dictámenes en esta misma materia, segun lo refiere el consejero Luis Muñoz en la vida que escribió de este varon venerable; y callaré por último, que habiéndose puesto á morder el canino diente, no solo el Instituto de S. Ignacio, sino tambien el divino libro de sus ejercicios, que la Iglesia llama admirable, el Maestro Mancio, hombre verdaderamente sábio y digno de todo respeto, juró por el hábito de Santo Domingo que no hallaba en aquel libro sino una cosa malísima, y era el dictámen de Cano. Todo esto callaré, amigo mio: dejaré limpia mi escoba del polvo menos sutil, y para ocultar el otro la adornaré de varios dijes que me la pongan vistosa, pues con esto, y con levantarla en alto, á Dios Moscas de cerquillo, no me puede quedar ninguna en diez leguas en contorno. *Vamos viendo.*

Mi segundo escobazo es todavia mas terrible, pues se dirige á dos manos contra la caterva de escritores, que me acaba V. de citar, como si Genciano Herveto y Benito Arias Montano, no fueran bastantes por sí solos á conjurar esa nube. Para sacar al primero con

(1) Especie de moscos muy incómodos que abundan en Veracruz y sus costas.